

EL PODER DEL 2,6%

SON menos de medio millón. De una población votante de cerca de 23 millones de personas, menos de medio millón se identifican con la etapa anterior del Régimen. Se identifican con una mezcla de opciones políticas que pueden recibir varios nombres: desde el de fascismo al de autoritarismo, autocracia, dictadura. En suma, antidemocracia. "Con Franco vivíamos mejor", decía su "slogan", repetido muchas veces en todos los muros de España. Vivían mejor 453.617 personas de una nación de 23 millones de mayores de edad.

DENTRO de todos los equívocos que presenta cualquier referéndum en cualquier país, y muy particularmente este del 15 de diciembre en España, se deduce algo claro: la minoría antidemocrática es tan exigua, que sus representantes, en unas elecciones generales por cualquier sistema serio, incluso por el que parece ya proponer el Gobierno, no hubieran tenido un solo representante en el Parlamento. Sin embargo, se les ha visto numerosamente representados en la campaña electoral de la Televisión Española, y han sido frecuentemente consultados por el presidente del Gobierno. Sin embargo, han gobernado España por sí solos.

Y, sin embargo, también están ocupando puestos de poder, puestos de fuerza y dirección que no les corresponde. Cuando se dice que el Gobierno actual no puede llegar a más en su democratización porque se lo impide la derecha del Régimen, el gran armazón sostenido desde la etapa anterior y en ejercicio de funciones de responsabilidad, se está aludiendo a un fantasma que ha quedado ahora expulsado de la vida nacional por un resultado enormemente visible. Por solamente un 2,6 de los mayores de veintiún años. Si el referéndum, como hubiera sido lógico y deseable —y como debería ser de cara a las elecciones generales que deberán seguir— se hubiese ampliado hasta los mayores de dieciocho años —edad a la que forzosamente tendrá en el futuro que referirse la mayoría de los españoles, si se quiere una representación real—, el porcentaje se hubiera reducido mucho. Y si la oposición no hubiese recomendado la abstención, mucho más aún.

NO será fácil ahora que el Gobierno pueda escudarse en la presión de la derecha para retrasar, dificultar o minimizar sus reformas democráticas. Esta máscara ya se ha roto. Y, sin embargo, tales presiones van a continuar y están hechas desde círculos de poder. Sin pedir ni mucho menos una purga, o una depuración, sí puede, sin embargo, instarse a un Gobierno que ha obtenido un triunfo tan claro de sus tesis que evite que continúe depositado parte del poder en una minoría que no representa a la nación y que ha sido sistemáticamente barrida.

CIERTO que no todos los de la gran oposición de la derecha han votado no, y muchos continuistas se están amparando en el "sí", porque creen que es en efecto la mejor manera de que las mismas personas ejerzan la misma hegemonía, pero con distinto nombre. Aquí estamos ante uno de los grandes equívocos que tiene todo referéndum y que, como queda dicho, tiene particularmente éste. Lo que se ha votado es solamente una ley de reforma determinada y suficientemente explicada: esta es la teoría. En la práctica, se ha votado por muchas razones, según los intereses de cada votante, y el carácter de la consulta directa no permite analizar mejor el sentido del voto.

UNICAMENTE el carácter masivo de la respuesta afirmativa permite especular con el resultado. Es tan claro el "sí", que, además de favorecer al presi-

dente Suárez y de fortalecerle en su Gobierno, indica una voluntad democrática del país que sobrepasa con mucho la ley de reforma presentada, y presentada también dentro de un favorable equívoco, que es el de considerarla no como una meta en sí misma, sino como un paso previo a la verdadera democratización. En este sentido, favorece a la misma oposición, que ha rechazado el referéndum. Muchos de los que han votado "sí" el 15 de diciembre, por no decir la mayoría, han votado porque esa oposición se configure en el futuro, esté representada electoralmente, parlamentariamente y tenga el puesto que merezca. Sin duda, la oposición se encuentra ahora con ese regalo que no esperaba.

LA oposición democrática, para que todo fuera equívoco en este referéndum, adoptó también una posición equívoca frente a él: la de la abstención. El tema fue acogido con algunas reservas por parte de los partidos más a la derecha de esta oposición democrática, pero entusiásticamente levantado por la izquierda: el PSOE, el PCE, los grupos pequeños. Se trataba de una posición ética: puesto que el referéndum no gozaba de las suficientes garantías para ser considerado como libre y decisorio, puesto que la oposición no tenía la legalización suficiente para hacer su campaña, puesto que la ley votada no significaba realmente la democracia, la consigna de voto debía ser la abstención. El Gobierno cometió un primer error al partir en guerra contra estos abstencionistas, que rectificó rápidamente. El Gobierno tenía razón: la oposición democrática, por una postura ética y por una razón de política de energía y fuerza, iba a reducirse a sí misma a una posición minoritaria que no representa realmente su fuerza en el país. Ya se está explotando por parte de la derecha gubernamental —y la extragubernamental— la exigüidad de su campaña: un 22,6 de abstenciones es un resultado especialmente duro para quienes han llevado la campaña abstencionista. Es, como rápidamente se ha recalcado por el Gobierno y las derechas, una cifra de abstenciones habitual en cualquier referéndum europeo. Si se descuentan de ella los indiferentes políticos, los impedidos de votar por alguna razón, el porcentaje queda



aún más reducido. Las abstenciones políticas han sido realizadas por militantes. Y ya se sabe que no son los militantes de los partidos los que hacen una elección.

LA oposición democrática estaba ya en una trampa. Recomendar que se votase "no" hubiera parecido coherente, dado el carácter de la pregunta, dado que los demócratas no pueden aceptar como clara y suficiente la Ley de Reforma. Pero no podían hacerlo, porque entonces sus votos se sumaban a la extrema derecha. Votar "sí" hubiera supuesto un esfuerzo considerable: un esfuerzo de apoyo a un Gobierno que les maltrata, que les deja simplemente en una situación de tolerancia, y aceptar una ley que está hecha para que no tenga la verdadera posición parlamentaria que les corresponde. Quedaba la abstención: y la abstención ofrecía todos los peligros que, finalmente, se han cumplido. Deja intacta su ética, su moral política, la integridad de sus programas. Pero, aparentemente, esta oposición pierde fuerza. Cuando, precisamente, más la necesita: cuando va a tratar de negociar con el presidente Suárez para que las próximas elecciones, el paso inmediato de la "reforma", se emparente de verdad con un esquema democrático. La trampa que estaba preparada ha funcionado, y hubiese funcionado en cualquier caso. Excepto en el de que la oposición democrática hubiera tenido el valor suficiente y la imaginación necesaria como para votar "sí": esto es, para convertir el referéndum en lo que finalmente se ha convertido, quedándose esta oposición al margen: en un enfrentamiento de un nuevo país con un antiguo país.

PODEMOS citar ahora un párrafo escrito en estas páginas en el número del 4 de diciembre, porque parece perfectamente actual. "El Gobierno puede tener ahora —se decía— la seguridad de

que ganará el referéndum, en el sentido de que las posiciones de "abstención activa" van a ser menores de lo que se esperaba por parte de la oposición, y de los votos emitidos, la abundancia del "sí" va a ser considerable. No podrá creer, si es tan inteligente como aceptamos, que el resultado de este referéndum representa una verdadera respuesta de la opinión pública, porque no ha intentado realmente dejar en absoluta libertad de criterio a esa opinión, porque está forzando el voto y porque sus aparatos de presión están funcionando al máximo. Pero no parece que sea esa su preocupación fundamental. Parece más bien que contra quienes lucha es contra sus propios derechistas".

A éstos les ha vencido ya. A la oposición democrática, no. El talento político del presidente Suárez, que es mucho —a juzgar por los resultados, y pese a sus procedimientos y al comportamiento general de su Gobierno, que está plagado de errores— le hará comprender sin duda que el resultado final es una respuesta afirmativa a la democracia, y que esa democracia pasa inevitablemente por una formación de oposición que hasta ahora sólo están solicitando que se cumplan las verdaderas premisas democráticas. No es un recurso fácil el de decir que la oposición democrática ha ganado este referéndum a pesar de ella: es una realidad que parece bastante consistente. Las ha ganado a pesar de sus numerosos y continuos errores de apreciación, a pesar de su falta de dirección, de programa, de unidad. Dentro del equívoco, la mayoría de los votos afirmativos emitidos coinciden con los deseos de la oposición. Por eso cabe esperar del talento político de Suárez la capacidad suficiente como para comprender que, a pesar de su posición de fuerza con respecto a los oponentes democráticos, no deberá subestimarles y no deberá tratar de aplastarles en las negociaciones inmediatas. Menos aún, que debe

obviar esas negociaciones que parecen imprescindibles. Si había entablado batalla contra sus derechistas, los ha barrido. Ya no deberá temerlos para negociar con la oposición, ni para reconocer entera y ampliamente a los partidos políticos. Es su baza.

DE cómo la juegue dependerá el futuro político de España. Las cartas blancas se agotan si no se escribe pronto en ellas lo que realmente se desea. La carta blanca que el Gobierno Suárez ha obtenido en este referéndum no le servirá de nada si sigue gobernando con un exceso de reservas con respecto a la verdadera democracia. O si pierde demasiado tiempo, o si se goza demasiado en lo que puede creer que es un triunfo personal (y no es nada desdeñable este aspecto de triunfo personal) en lugar de una ocasión propiciada por una inmensa mayoría del pueblo español. Una ley electoral justa, una legalización de todos los partidos políticos, una libertad total de propaganda, un conocimiento de las nacionalidades del Estado español, un trato igual desde el punto de vista de los medios estatales de información y opinión para todos los grupos políticos, es algo que se debe realizar inmediatamente. Son los puntos de vista de la oposición democrática. No han sido derrotados.

DENTRO de todo esto, cabe señalar una vez más las condiciones de impureza del referéndum y de la situación política española actual. Si hay algo inequívoco, es el fracaso del antiguo Régimen. Si hay algo equívoco, es el sentido del "sí", que puede aparecer como un voto gubernamental, como una simple negación a la extrema derecha o como un voto al programa de la oposición abstencionista. Solamente el elevado porcentaje del "sí" puede permitir sacar el significado general de la afirmación de una voluntad democrática general.

EN cuanto a los acontecimientos que han precedido al referéndum, puede ser que hayan influido notablemente en su resultado. Puede haber aumentado el porcentaje del "no" por el secuestro del señor Oriol y por la aparición del señor Carrillo. Como puede ocurrir que haya aumentado también el número de votantes afirmativos, al creer (fundamentalmente) que la democracia bien establecida puede evitar acontecimientos y sorpresas. Pero en esto no caben más que especulaciones. Repitamos que un referéndum no da de sí para más. Unas elecciones generales en debida forma son las que realmente pueden dibujar la verdadera imagen política del país. Si no se hacen en debida forma, darán una imagen falsa, y no ayudarán en nada a la gobernación del país. ■

